

nosotros mismos, de los demás (la madre frente al recién nacido), y en la humanidad, fe productiva y creadora que desarrolla y realiza la naturaleza del hombre para provecho de él mismo.

FROMM, ERICH: *Psychoanalysis and Religion*. Yale University Press. New Haven, 1950.

Regido por las mismas directrices orientadoras de *Escape from Freedom and Man for Himself*, *Psychoanalysis and Religion* añade nuevos elementos a lo que no tardará en constituir uno de los sistemas de pensamiento más importantes de nuestro tiempo: el pensamiento frommiano que, arracando del estudio de las mayores reconditeces anímicas, se eleva a niveles en que las fuerzas individuales se manifiestan socialmente, y en los que las energías anímicas obligan al hombre a buscar su posición en y su articulación con el mundo.

Saberse situado en un lugar del universo; saberse articulado al resto de lo existente en una determinada forma son dos modos de conocimiento que brindan al hombre seguridad, que le libran del desamparo de sentirse arrojado del paraíso; de ahí la necesidad que el hombre siente de marcos mentales omnicomprendidos del mundo que le sitúen en él relacionadamente, y que al situarlo, orienten su conducta. De ahí la devoción a un fin, a una idea o a un dios, que es algo más que pintura mental y es, realmente, proceso vital.

Fromm ha dado a esto, en sentido lato, el nombre de "religión", a fin de hacer el término válido para su investigación psicoanalítica; en efecto, llama religión a "cualquier sistema de pensamiento y acción, compartido por un grupo, que da al individuo un marco de orientación y

un objeto de devoción", con lo cual quedan incluidos tanto aquellos sistemas como el buddhismo, el taoísmo y el confucianismo que carecen de un dios propiamente dicho, que los sistemas autoritarios recientes que, sin tener el nombre de religiones, son verdaderas religiones, por su adoración del *Führer*, etc. De otra parte, la referencia al compartimiento por un grupo diferencia a la religión de la neurosis que no es, para Fromm, sino una forma privada de religión.

De lo dicho, se desprende la importancia que el estudio de la religión puede tener no sólo desde el punto de vista psicoanalítico sino desde el punto de vista psico-social y sociológico, ya que, de una parte, puede convertirse en dique contra la neurosis, en tanto que, desde otro, puede contribuir al afianzamiento de relaciones humanas inter-personales, respetuosas de la dignidad humana y opuestas por lo mismo a esa relación forzada o de galeote a que parecen acostumbrarse nuestras sociedades actuales frustradoras de la más alta esperanza humana; la de realizar íntegramente su humanidad.

Sin embargo, para que la religión cumpla estas funciones, es preciso que el hombre no se refugie en ella como consecuencia de una huída pánica de la libertad, ya que en ello el psicoanalista no puede sino ver un síntoma más de esa falla neurótica que convierte la vida actual del hombre en un caos espiritual y un temor cercano a la locura histérica.

Pero, del lado de los sistemas religiosos, la precaución debe ser otra: no capitular frente al poder temporal obstinándose en matener ciertos dogmas más que empeñarse noblemente en enfatizar la práctica del amor y de la humildad en la vida diaria, puesto que en cuanto se carga el acento sobre los conceptos teísticos sobrenaturales en detrimento de las finalidades éticas, las formas nobles de

religión han rendido la fortaleza ante sus formas pervertidas: ante la adoración del poder, del éxito, o la autoridad del mercado (en caso de ser formas colectivas), o bien ante la adoración de los antepasados, el totemismo, el fetichismo, el ritualismo, etc. (en caso de ser formas individuales o neuróticas.)

Esto significa que, si bien el hombre —en razón de su desequilibrio existencial inevitable, de su problematicidad y de su imposibilidad de vuelta a la armonía con la naturaleza— necesita buscar soluciones, no puede vivir sin ideales, pero puede (y debe) elegir los suyos; que si no hay hombre que no sienta la necesidad religiosa, no es menos cierto que pueden ser muy diversos los objetos con los que esa necesidad se satisfaga y los valores a los cuales se dirija (valores o desvalores incluso); de tal modo que, dentro de los términos definitorios de Fromm, el problema no está en tener o no tener religión, sino en qué religión tener.

La dicotomía categorial fundamental que se abre a Fromm, es la que sus trabajos previos hacían esperar: Antítesis entre religión autoritaria y religión humanista; religión autoritaria a lo Calvino, o religión humanista a lo Boddha, a lo Jesús, a lo Sócrates, a lo Racionalismo Francés; religión autoritaria en la que debe obedecerse a la deidad, no en razón de sus cualidades morales sino por su control sobre el hombre; religión humanista en la que Dios no es un símbolo del *poder sobre el hombre*, sino del *poder del hombre*; religión autoritaria en la que el hombre ha formado a Dios con lo mejor que tenía de sí mismo, empobreciéndose, envileciéndose, enajenándose, relación masoquista que hace inversamente proporcionales la perfección de Dios y la del hombre, en tanto que la religión humanista ve en Dios un *pro-yecto* humano,

una imagen que actualiza las potencialidades del hombre y en la que el hombre se ve en su ser más alto.

Postura humanamente negativa la de las religiones autoritarias, nacidas de la huida pánica de la libertad, de la loca búsqueda de una seguridad que huye en cuanto se creía alcanzada y que no da como resultado sino la incapacidad de vincularse productivamente a los demás, en tanto que la religión humanista y, convergentemente la terapia analítica ayudan al hombre a ganar o re-ganar su capacidad de amar y, consecuentemente, de vincularse en forma productiva a los demás, al través del amor y el trabajo.

En efecto, el amor productivo no se limita a una persona, ya que dicha limitación implica relaciones sádico-masoquistas de dominación y sumisión, sino que por el contrario abarca a la humanidad entera sobre una base de reconocimiento de la dignidad humana de cada hombre, de acuerdo con una actitud de afirmación y respeto que no puede aprenderse sino en la escuela de la *auto*-afirmación y del respeto hacia sí mismo desarrollado por las religiones humanistas que ven en Dios al yo auto-afirmado, y no por las religiones autoritarias que ven en Dios un elemento catártico de una autonegación de todo lo más noble que existe en el individuo.

¿Puede decirse, después de todo esto, que el psicoanálisis sea enemigo de la religión? ¿Puede afirmarse que sea su aliado? Más lo último que lo primero ya que el psicoanálisis, convertido en una verdadera cura de almas, libra al hombre de ciertas cadenas (su inconsciente) y le permite en su ulterior crecimiento espiritual, o le muestra algunas de sus limitaciones y le enseña la diferencia entre conocerlas y adorarlas, especialmente cuando esa adoración se hace por un proceso de racionalización, mero compromiso

entre la orientación por proximidad al rebaño humano al que el individuo pertenece, y la orientación racional.

El psicólogo, el sociólogo, el filósofo han de obtener de las páginas del libro de Fromm un valioso fruto, tanto en su calidad de estudiosos, como en su calidad de hombres.

BENEDICT, RUTH: *The Chrysanthemum and the Sword*. Patterns of Japanese Culture. Houghton Mifflin Company. Boston, 1946.

El libro de Ruth Benedict no es ciertamente —como se puede apreciar por la fecha de su edición— un libro reciente; sin embargo, el interés actual de su contenido se ha puesto de manifiesto al aparecer recientemente artículos y libros que, en cierto modo, pueden considerarse ya como comentarios, ya como ratificaciones y rectificaciones a los conceptos vertidos por la célebre antropóloga social en estas páginas. De ahí que una esquematización de ese contenido conceptual, no sobre, cuando se pretende una adecuada comprensión de los puntos de vista de los más recientes comentaristas a su establecimiento o elucidación de ciertos patrones de cultura japonesa.

El punto de partida del libro de Benedict está en el último conflicto bélico que, al enfrentar a Japón y a los Estados Unidos, hizo necesario que éstos trataran de aclarar el modo especial de ser, de pensar y de actuar del pueblo japonés, mediante una labor de antropología cultural que hiciera lógicamente coherentes visiones fragmentarias que, enfatizaban: de una parte, el culto estético del pueblo japonés, cifrado en el alto aprecio otorgado al artista, y simbolizado en el cultivo de crisantemos, y, de otra, el con-

siderable prestigio del guerrero, y, consiguientemente, lo que podría centrarse en el culto de la espada. De donde, el título del libro dedicado a aclarar los problemas de la cultura japonesa.

Inicialmente, Ruth Benedict señala la forma en que se preparó para el estudio en cuanto se le designó para hacerlo: la lectura de los comentarios hechos por los occidentales respecto de la cultura japonesa, se complementaron con la autorevelación que los propios japoneses hacían de sí mismos al través de escritos, películas y propaganda.

Sin embargo, ella misma se percató de que, para hacer que su labor diera los mejores frutos, era preciso puntualizar claramente ante sí y ante los demás los especiales títulos que el antropólogo cultural tiene para un estudio de esta clase: en primer lugar, procuró destacar el conocimiento de otras culturas, especialmente de Asia y el Pacífico, algunas de las cuales mostraban la posibilidad de relación con la cultura japonesa; en seguida, enfatizó la importancia que tiene conocer qué situaciones análogas son definidas en forma diversa por las distintas culturas, lo cual orienta la atención del antropólogo hacia las soluciones específicas dadas a cada problema, y hacia las consecuencias de esa definición; en tercer lugar, subrayó la necesidad de no despreciar ni siquiera aquellas áreas de comportamiento que podrían considerarse como triviales, ya que al través de esas situaciones y lugares comunes, el pueblo aprende diariamente su cultura, asumiendo, en cuarto término, como premisa, que aun los más nimios aspectos de la conducta están sistemáticamente relacionados con el resto de la misma.

Fundamentalmente, el libro de la doctora Benedict basado en tales premisas, debía mostrar los modos de reacción del individuo japonés frente a un cierto nú-